

EL LLANTO DE HASAN

(Cuento)

Vivió una vez un rey tan feo, que daba susto mirarle. Un día corrió la noticia de que había llegado un vendedor ofreciendo unos vidrios muy extraños, que él llamaba espejos, donde se reflejaba el rostro de las personas.

El rey sintió curiosidad y pidió que le trajeran uno de aquellos espejos. De mala gana, su sirviente Hasán fue a buscarlo. Pero en cuanto el rey echó una mirada al espejo comenzó a lamentarse.

—¡Qué feo soy, qué feo soy!—lloraba el rey amargamente.

Todos los que estaban con el rey también rompieron a llorar. Y durante dos horas seguidas no se escuchó más que aquel coro de llantos. Por fin el rey se fue calmando y dejó de llorar. Al momento, todos se secaron los ojos. Todos menos Hasán, que seguía llorando sin consuelo.

El rey, muy asombrado, le preguntó:

—Pero Hasán, ¿por qué sigues llorando?

—¡Ay, señor!—respondió Hasán sin dejar de llorar—. Tú te has mirado una vez y un solo instante en el espejo y por eso has llorado dos horas seguidas. ¿Por qué te extraña que yo, que tengo que estarte viendo todos los días y a toda hora, llore más que tú?

Al oír esto el rey se echó a reír y la alegría volvió a reinar.

